

Yo



¡Ay, cuánto me quiero! En realidad, para ser sincero, me amo. ¿Qué haría yo sin mí?

¡Qué suerte la mía, conocerme de toda la vida! Desde el día en que nací he estado conmigo. Prometo nunca dejarme solo. Me acompañaré siempre, donde sea que vaya.

Antes de que yo naciera, mi mamá me tuvo dentro de ella durante nueve meses. ¡Qué señora tan suertuda! Fue la primera en conocerme. Desde entonces le he dado permiso para ser mi mamá día y noche.

Ella y mi papá me quieren mucho. Les encuentro toda la razón, ya que soy adorable. Son personas muy inteligentes.

Mi papá lo pasa bien trabajando para comprar mi comida, mi ropa y mis juguetes. Si no fuera por mí, no tendría para qué ir a la oficina y se quedaría aburrido en la casa. Por eso me preocupo de comer toda mi comida aunque no me guste tanto, de ponerme mucha ropa aunque me dé calor y de jugar con todos mis juguetes al mismo tiempo. ¡Qué buen hijo soy! Reconozco que los consiento demasiado, pero no puedo evitarlo, soy tan tierno.

El colegio me encanta. Yo sé que existen varios, pero no puedo estar yendo cada día a un colegio

diferente. Me da pena, me da mucha pena por todos los niños del mundo que se quedan sin conocerme, pero yo solo puedo ir al mío.

Mi profesora es entretenida y simpática y siempre me pone buenas notas. Ella también fue niña, pero ¡hace mucho tiempo! Me imagino cuántas cosas estudió en el colegio y después más en la universidad. Y todo para enseñarme a mí. ¡Qué orgullosa debe estar!

Después de clases y los fines de semana, juego en mi pieza o en mi jardín. Me subo a mi árbol y me siento sobre una de mis ramas. Es verdad que las ramas le salieron al árbol, pero son mías igual, porque están en mi jardín. O sea, en el jardín de mi casa... bueno, la casa es



de mis papás, pero como yo soy de ellos, entonces también la casa es mía... y el jardín y también el árbol y por supuesto la rama. Lógico.

Sentado en mi rama ensayo mis discursos de agradecimiento, para cuando me entreguen todos mis premios, mis diplomas, mis

trofeos y mis medallas. «Gracias, gracias», digo. «Me doy gracias a mí mismo por mi apoyo. Todo me lo debo a mis propios méritos».

Otra de mis actividades es llamarme por teléfono, pero siempre suena ocupado. Seguramente es porque estoy haciendo cosas muy importantes, como por ejemplo, llamarme por teléfono.

Además, me escribo cartas con mucho cariño, y las escondo debajo de mi almohada. Pero siempre las descubro rápidamente. Ayer me escribí una carta sin ponerle mi firma. Soy tan astuto que reconocí mi letra y supe que era yo el que la había escrito, así que me contesté. No sé si alguien más en el universo será capaz de responder cartas anónimas.